



ENTREVISTA

ENTREVISTA CON NORBERTO BOBBIO

Giancarlo BOSETTI

Profesor, esta entrevista no puede comenzar sino con las dudas e interrogantes que usted manifestó después de la represión de China. ¿Qué cosa sustituirá al derrumbe del modelo comunista? ¿Cómo será la izquierda del futuro?

— El problema de la izquierda es el de la cuestión social, transportada de los Estados en particular a todo el mundo. Se trata de encontrar una alternativa a aquella que, para el viejo socialismo, era la clase social poseedora del impulso universal para la emancipación. Una cosa es decir: proletarios de todo el mundo únense; y otra es decir: abandonados del mundo... Mis dudas no están en relación a la individualización de los objetivos de justicia, sino a la posibilidad de dar voz a aquéllos que representan la parte condenada del mundo. Hay que considerar también aquí

países que podemos definir democráticos como Brasil, México, Colombia, donde existen elecciones regulares democráticas e institutos representativos.

Tenemos que darnos cuenta que ahí la democracia puramente formal no es capaz de transformar los *no hombres* en *hombres*, ahí se muere de hambre y enfermedades, los derechos son solamente formales. El problema para la izquierda es tal, que yo me pregunto cuál puede ser la solución política, cómo se puede organizar la fuerza para cambiar las cosas en profundidad. La fuerza de la religión, en los países que viven este drama, nace justamente del hecho de que la religión católica en algunas áreas, y la islámica en otras, es la única razón de vida, no obstante ser únicamente una fuerza moral. Los curas y arzobispos en el Tercer Mundo tienen

tanta fuerza porque la política, que debería en alguna forma satisfacer las mismas exigencias, es demasiado débil. El hecho de que en estos países guerrilla y violencia sean endémicas, demuestra la insuficiencia de las dictaduras y también de las democracias puramente formales.

— **Democracia formal y socialismo.** Usted siempre ha querido conjugar socialismo y libertades civiles, un proyecto de socialismo liberalizado y un liberalismo socialmente responsable. Este difícil proyecto lo ha definido Perry Anderson como una inestable mezcla química.

— Sí, estoy de acuerdo con esa definición y, justamente porque estoy de acuerdo, no soy muy optimista. Nadie hasta hoy ha encontrado la manera de poner de acuerdo derechos de libertad y exigencias de justicia social. En la respuesta para Anderson, que será publicada, comento su frase que, a propósito del liberalsocialismo, dice: *It is too soon, sí, es demasiado rápido* para dar un juicio definitivo al respecto. Esto significa que todavía no tenemos las ideas claras sobre el camino que se tiene que recorrer.

— **Esto es cierto sólo por la parte negativa, pero se puede decir que el fracaso del socialismo sin libertad ha verificado su tesis.**

De acuerdo, el fracaso del socialismo sin libertad ha confirmado los derechos de libertad, pero no el futuro del socialismo: donde se han desarrollado los derechos de libertad y el derecho de propiedad —y no es fácil entender esto en una perspectiva socialista— se ha llegado inevitablemente a una lucha de intereses de la cual surge quien se bate por la superación de las desigualdades, una lucha que ha dado vida a los partidos socialistas democráticos, los cuales no han logrado transformar sino al máximo corregir la sociedad de los privilegios. Es necesario sin embargo ser conscientes que, en los países con instituciones

democráticas, los ciudadanos que gozan de estos derechos son los que rechazan con el voto las propuestas moderadas, reformistas, gradualistas. Esto es lo que quiero decir cuando hablo de debilidad del socialismo y en general de la izquierda.

— **El movimiento obrero occidental sin embargo ha recorrido ya un buen trecho, pensemos en el Estado social en los países europeos.**

— Es cierto, pero piense la situación italiana, sumando los votos del PCI y del PSI se llega siempre al 40%. En 1976 con el PCI en los niveles más altos y el PSI en sus mínimos, se alcanzaba un poco más del 40%. Ahora son 27 más 14.

Es impresionante esta constancia del electorado respecto de los dos partidos históricos de la izquierda italiana. Yo pienso que el razonamiento debe partir de este bloque que obstaculiza la perspectiva de izquierda. Con el fracaso de la vía leninista, nos encontramos que el camino de la izquierda es más incierto que nunca.

— **La crisis del Este no tiene sólo carácter negativo. Por ejemplo, dice Peter Glotz: existen en Europa centrooriental buenas oportunidades para la socialdemocracia, en los próximos 25 años, seis Estados se pueden transformar en economías mixtas ya que tienen dirigentes e intelectuales de cultura socialista democrática.**

— La socialdemocracia ha sido un adversario de los Estados socialistas. Ciertamente no todo el movimiento socialdemócrata ha sido anticomunista, pero creo que antes de cualquier cosa es necesario razonar sobre aquello que considero una derrota. Quiero indicar esta necesidad como una tarea que toca hoy a socialdemócratas, socialistas y comunistas: entender hasta el fondo las razones de esta derrota.

— Dígame usted, ¿cómo se puede empezar una explicación?

— El pecado original, el vicio de fondo de los regímenes comunistas fue el de mantener un carácter monocrático después de la revolución. Repito algo que no decía desde hace 30 años: la necesidad de distinguir el momento de la conquista del momento del ejercicio del poder.

En períodos de crisis es necesario el reagrupamiento, la unidad, lo que llamo poder monocrático; sin embargo, después de la conquista el poder debe ser ejercido en modo democrático. Esto sucedió, por ejemplo, con la resistencia italiana: había unidad en el comando a pesar de las divergencias de partido; sin embargo, una vez que se logró el objetivo surgió el acuerdo entre los partidos para instituir un futuro democrático.

En síntesis, para la conquista del poder se hizo necesario un pacto de no agresión entre los aliados que debería ser sustituido por un segundo que estableciera las reglas que permitirían a cada uno desarrollar su política propia sin necesidad de recurrir a la fuerza. Primero unidad en la lucha, después unidad en la delineación de una Constitución democrática. Y Constitución democrática quiere decir sustancialmente establecer reglas para la solución de los conflictos al interior de toda sociedad sin necesidad de recurrir a la fuerza recíproca. Esta es la definición de la democracia que yo llamo procesual. Los valores que más adelante se sigan, en el ámbito de la dialéctica democrática, dependen de las fuerzas que lleguen a ser hegemónicas. En Rusia, por el contrario, una vez realizada la revolución surgió la mano dura; los partidos de oposición fueron suprimidos. Y con base en este modelo, en todos los países en los que el Partido Comunista ha tomado el poder, aquel pecado original se ha repetido.

— Es sobre esta estructura monocrática que ahora se está discutiendo en los países del Este. Asistimos en Moscú, en Polonia, en Hungría, al inicio de la transición. Parece posible —ha escrito Duverger— un cambio, en este 89, que podría ser muy violento respecto de aquel otro del 89.

— Es cierto que esto está sucediendo. El estadio más avanzado es el de Polonia. Esto demuestra la crisis del modelo monocrático. De hecho, como sostuve en mi artículo sobre China, los jóvenes de Tiananmen, con la estatua de la libertad, sostenían las mismas cosas que los revolucionarios del 700: la libertad de palabra, de opinión, de reunión y aquella que considero la más difícil de obtener, la de asociación, que, por el momento, sólo ha sido conquistada en Polonia.

— En Polonia, Hungría y la URSS, está en curso una evolución que da alguna esperanza.

— Puede ser, no lo niego, pero si las perspectivas son aquellas de regresar a la socialdemocracia quiere decir que un gran paso hacia adelante no se ha dado. Si el gran progreso después de 40 o 50 años de experiencias comunes y de esperanzas —y yo viví de cerca el entusiasmo con el que los comunistas han luchado y sufrido por las vidas que han sido sacrificadas— es el de regresar a la socialdemocracia, quiere decir que un gran paso hacia adelante no se ha dado.

— Es posible decir que la historia de la cultura democrática, no el liberalismo conservador sino la tradición de la democracia obtenida con las conquistas sociales, es la historia de la contaminación de la mejor tradición liberal con las instancias del movimiento obrero, es el producto de una evolución histórica, de un progreso.

— Estoy de acuerdo, siempre he sido un demócrata.

— Usted sin embargo no habla con entusiasmo de la socialdemocracia, prefiere hablar conjuntamente de socialismo y liberalismo.

— Mi inspiración es socialista y he participado en los primeros movimientos antifascistas a través del liberalismo socialista de Guido Calogero.

— ¿Existía quien, en aquel entonces, hablara de «comunismo liberal»?

— Ciertamente, y también quien hablara del comunismo católico. Esto demuestra el enorme encanto del comunismo por aquella época. Un encanto que hoy no existe más. A pesar de nunca haber sido comunista, no tengo aquella forma de anticomunismo feroz que tienen los excomunistas o los jóvenes que ven sólo los aspectos negativos del comunismo.

— Anderson ha escrito que en sus reflexiones el PCI ha sido siempre un punto de referencia. Usted ha tenido con los comunistas algunas discusiones de gran importancia, en 1954 directamente con Togliatti y con Della Volpe, cuando los puso en guardia sobre que un progresismo tan audaz podía caer en la dictadura. Ahora que el PCI se ha separado de aquella fase se ha escrito que las anticipaciones de Bobbio han sido confirmadas.

— Sobre el particular creo que es justo una nota de agradecimiento personal. En realidad ninguno de los comunistas de hoy, tocando el tema de los derechos de libertad, sostendría las tesis que fueron defendidas en los 50 (debo decir que no sólo la polémica con Togliatti no fue muy animada, sino que ya en 1957 Della Volpe corrigió su juicio de 1954 reconociéndome algunas razones). Me parece que es posible decir, sin presunciones, que los comunistas italianos han cambiado más de lo que yo he cambiado. La discusión, en sustancia, se relacionaba con los derechos

fundamentales: mi polémica nacía del hecho que, de Marx en adelante, estos derechos eran considerados como reivindicaciones burguesas. Yo respondía que stas no eran reivindicaciones burguesas sino del hombre en cuanto tal, ya que poder reunirse y asociarse libremente es algo que interesa también a los proletarios y esto es tan cierto que estos derechos los han usado por un siglo para crear un gran movimiento socialista, nacido en los países donde existían estos derechos de libertad.

— En 1975 dos de sus artículos fijan dos puntos decisivos. Uno está en relación con la ausencia de una teoría del Estado en Marx y el otro habla de la falta de alternativas hacia la democracia. Sobre este último punto usted no sólo insiste sino agrega, en una nota muy aguda aparecida en estos días, que la democracia no mantiene sus promesas.

— Esto también frente a la desilusión de la democracia italiana. Sinceramente no se puede decir que ésta satisfaga todas las exigencias de libertad y justicia. Sin embargo, lo he dicho siempre y lo repito: es mejor una mala democracia que una buena dictadura. Cuando se dio la discusión con De Felice sobre el fascismo, yo me puse en guardia contra ciertas tendencias. Es verdad que en relación al nazismo el fascismo fue una dictadura mejor, pero para aquéllos que conocen la historia de oídas, es importante siempre remarcar que una mala democracia, no obstante esto, es siempre mejor. No se debe despreciar, busquemos reforzarla, mejorarla, pero estemos atentos a no destruirla.

— Usted se ha mantenido siempre dentro de la difícil línea de la exigencia de socialismo, con los peligros de degeneración autoritaria y los principios de la democracia, con el riesgo de que las promesas no se cumplan. Observando 50 años de historia y usando su mismo punto de vista, no se puede negar que se han alcanzado progresos al formular la hipótesis de una extensión universal

de los derechos, lo cual era impensable algunos decenios atrás.

— Sobre el particular estoy absolutamente de acuerdo. Además debo decir que mi artículo sobre China, en el que advertía sobre no hacerse muchas ilusiones, ha sido mal interpretado por algunos: el fracaso del comunismo no hace desaparecer las interrogaciones de fondo con base en las cuales nació este movimiento. Quien ha pensado que yo he renunciado a mis profundas convicciones democráticas ha cometido un gran error. No lo escribí para dar un bastón de apoyo a los comunistas. El punto es que ahora ha aumentado la responsabilidad de la democracia frente al fracaso de los comunistas: ahora la democracia debe buscar resolver el problema de una sociedad justa que el comunismo intentó resolver a través de una vía que históricamente se ha demostrado equivocada. No obstante mi escepticismo sobre que la democracia, frente a los problemas del Tercer Mundo, sea hoy capaz de darles una solución adecuada, estoy convencido que de la democracia no se puede salir, no se debe salir, porque todos los intentos por salir de ella han demostrado que al final se recorren vías infecundas y peores, hasta en relación a la peor democracia. De lo anterior creo que ya todos estamos convencidos, también los comunistas, frente a esta dificultad; yo dirijo mi vista hacia aquello que se llama democracia internacional. Mientras la democracia parece extenderse también hacia el Este europeo, yo creo que sus principios deben ahora afirmarse a escala internacional: esto significa transportar sus reglas fundamentales, que valen en el ámbito de los Estados en particular, al sistema internacional.

— **Ahora bien, ¿es éste el campo de acción de la izquierda? ¿Está aquí, según usted, su tarea principal?**

— Quisiera sostener sin embargo que la democracia que se está afirmando, tam-

bién en los países del Este, es aquella democracia fundada en algunos principios y procesos que los movimientos de izquierda y los comunistas han combatido siempre como una falsa democracia, una democracia burguesa.

— **Pero esto lo dice desde hace años la izquierda italiana. Es un principio tan afirmado en el PCI que ha llegado a ser sustancia política. No es una amarga constatación del último momento.**

— Estoy de acuerdo que el PCI lo dice desde hace años y también que, desde el punto de vista de la acción política, el PCI se ha conducido desde hace años como un partido democrático que respeta aquella regla fundamental de la democracia, la que permite protestar y mostrar el desacuerdo en todas las formas posibles sin romper con el pacto que excluye el uso de la violencia. Es necesario reconocerle históricamente esto al PCI, un partido que en 1948 impidió que el atentado a Togliatti (si bien no se sabe cuál haya sido la mano que había armado a aquel joven pagado que le disparó) se transformara en la ocasión de una respuesta violenta. Por esta razón digo que el PCI no sólo ha profesado la democracia sino que se ha conducido lealmente en estos años de vida democrática. No obstante lo anterior, queda siempre el problema de que la izquierda es débil, que su perspectiva es débil.

— **Nosotros tenemos la democracia de las reglas liberales, a las que no se debe renunciar. En una ocasión usted escribió: en Stuart Mill encontramos el ABC de la democracia, pero más adelante siguen otras letras, esto es, su contenido social. Para realizar este contenido son necesarias nuevas fuerzas. Hobsbawm dice que no tenemos ya la fuerza de la clase obrera, pero tenemos los grandes partidos de izquierda, de origen obrero, que pueden formular nuevas políticas. En Inglaterra, por ejemplo, los laboris-**

tas parecen tener la fuerza para derrotar a la Thatcher.

— Sí, pero en Inglaterra después de la guerra la alternativa ha existido siempre. De cualquier forma estoy de acuerdo con Hobsbawm. El hecho es que esta democracia, llamémosla social, puede traer beneficios al interior de los Estados en particular. Es una conquista para los países europeos, si bien no debemos olvidar que en Italia el Estado social no ha sido propuesto, ni deliberado, ni puesto en vigor por los partidos de izquierda.

— Pero ha sido también el resultado de las luchas de oposición.

— Es cierto, pero dejando a un lado las consideraciones de cómo funciona el Estado asistencial italiano, queda el problema de que Italia es el único país del área europea occidental que no ha sido jamás gobernado por la izquierda. Y quisiera decir que después de tantos años de exaltación de comunismo, la perspectiva socialdemócrata no puede ser asumida tan fácilmente por los comunistas. Por ejemplo, en Polonia y en otros países del Este, la perspectiva socialdemócrata es una derrota para los comunistas.

— Pero, según usted, el fracaso de un tipo de partidos comunistas y del comunismo debilita, en sustancia, las perspectivas de la izquierda en todo el mundo.

— Esto ciertamente no. Algunos podrán decir a los comunistas —y esto deben entenderlo o bien justificarlo—: por años han considerado al comunismo como la solución, como la dirección de la historia, ahora no pueden pretender dar lecciones a otros. Es un hecho que la Revolución de Octubre ha generado en los países occidentales partidos que han cometido probablemente el error fundamental: creer que aquello que sucedió en la URSS, que

era un país de estructura social muy débil, podría también suceder en nuestros países.

— Esta relación era ante todo una referencia simbólica, los partidos comunistas occidentales no han construido Estados o sistemas económicos; han sido movimientos de emancipación de los trabajadores.

— Lo sé, pero el hacer como en Rusia ha sido uno de los motores fundamentales de este movimiento, de los maximalistas en Italia aun antes de los comunistas. Esto dio origen a aquel período violento que fue llamado «bienio rojo». El vicio ha sido no entender aquello que decían los mencheviques: aquí no se puede hacer una revolución socialista, aquí no se ha hecho ni siquiera una revolución burguesa. Esta fue la idea que en Italia sostuvo Rodolfo Mondolfo, marxista reformista, amigo de Turatti: allá la revolución se dio justamente porque Rusia era el anillo más débil, pero habría tomado un camino equivocado, de un régimen autocrático; era necesario ir paso a paso, según la interpretación gradualista del marxismo. Pero quiero subrayar otra cosa: que una vez que todos se convierten en socialdemócratas, debemos ser conscientes que la socialdemocracia es un sistema que ha permitido dar importantes pasos hacia adelante a las democracias, en el sentido general de la palabra, burguesas, pero frente a los grandes problemas que hoy son el Tercer Mundo se debe inventar algo nuevo. Yo sostengo que si hoy se quiere ser fiel al principio democrático, es necesario transportar estos problemas del interior de los Estados al sistema de la democracia internacional.

— Este problema está abierto, se le ha puesto a la izquierda europea. La dificultad es la de conquistar suficiente consenso sobre el particular dentro de la izquierda en las sociedades desarrolladas.

— Pero se entiende porque es difícil, porque somos ciudadanos de un Estado.

Cuando votamos lo hacemos por el gobierno de nuestro Estado, no por el gobierno del mundo, por el cual votan sólo los Estados en particular. Ahora en Europa se ha dado un paso hacia adelante; ahora somos ciudadanos italianos y también europeos, si bien en forma fraccionada, porque votamos por un parlamento con poderes muy limitados.

Si de verdad creemos que los grandes problemas de justicia son internacionales, debemos hacer votar en la ONU a los ciudadanos del mundo. En este caso sí podríamos tener una mayoría favorable para la democracia social; en el mundo ya existen millones de hombres que tienen mayor interés en políticas de reequilibrio, en el desarrollo y en la justicia. Por otra parte, no se ha preguntado por qué nosotros, que formamos parte de este universo de países de la llamada democracia occidental, do-

minados indudablemente por Estados Unidos, nosotros, ciudadanos italianos, no votamos por el Presidente de Estados Unidos?Cuál sería el resultado si votaran todos los Estados de la Alianza? Con esto quiero decir que aquello que los juristas llaman derecho de ciudadanía está limitado a la ciudadanía nacional; no existe todavía un derecho de ciudadanía internacional. Lo he mencionado ya una vez, con ocasión del doctorado *Ad honorem*, aquello que Kant escribió en su espléndido libro de la *Paz perpetua*. Más allá del derecho interno e internacional existe aquel que Kant llamaba derecho *cosmopolítico*: es el derecho que todos los hombres tienen en cuanto ciudadanos del mundo. Este es el gran deseo que podrá constituir la fuerza impulsadora de un cambio. Sin embargo, temo que no esté todavía en grado de provocar un movimiento universal tan fuerte como para modificar la realidad presente.